

Kratje, Julia

Cuerpo, resistencia y género en El trabajo de Aníbal Jarkowski

VI Jornadas de Sociología de la UNLP

9 y 10 de diciembre de 2010

Cita sugerida:

Kratje, J. (2010). Cuerpo, resistencia y género en El trabajo de Aníbal Jarkowski. VI Jornadas de Sociología de la UNLP, 9 y 10 de diciembre de 2010, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:

http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5762/ev.5762.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Nombre y apellido: Julia Kratje

Pertenencia institucional: Universidad Nacional de Entre Ríos

Dirección de correo electrónico: juliakratje@yahoo.com.ar

Cuerpo, resistencia y género en *El trabajo* de Aníbal Jarkowski

A partir de un recorrido sinóptico por la novela *El trabajo*, el objeto de esta comunicación será analizar algunas dimensiones del vínculo entre cuestiones de género y las relaciones de poder y resistencia. Dentro del marco de ciertos debates académicos que en los últimos años han focalizado diversas prácticas de la cultura popular y de los sectores subalternos, se buscará examinar los alcances del despliegue de posiciones resistentes como principios de escisión en determinados procesos hegemónicos contemporáneos.

Presentación

“Las personas se parecen y lo que se dice de una puede, muchas veces, decirse de otras también”, afirma en la primera línea el narrador de la vida de Diana, protagonista de *El trabajo* (2007), la tercera novela de Aníbal Jarkowski.

Como tantas mujeres con polleras de falda corta, blusa blanca y tacos de aguja, que comen galletitas baratas que no engorden, Diana era desocupada y hacía más de un año buscaba trabajo a través de la sección “Empleados de oficina y comercio” de los avisos clasificados del diario, donde las ofertas para trabajar en prostitución superaban por triplicado los puestos de secretarías.

Diana seguía al pie de la letra una prolija rutina al despertarse, desayunar, asearse, vestirse, cocinar, planchar, cenar, desvestirse. A su regreso de las entrevistas laborales, cuando caía el sol, “era el momento del día en que Diana ya no podía hacer otra cosa que dejar pasar el tiempo hasta la mañana siguiente” (p. 19). El automatismo, probablemente, era una respuesta al miedo al desempleo y la pobreza.

Su familia había sido dueña de una tiendita por 30 años, hasta que las casas de lencería de lujo que fueron abriendo en la avenida erradicaron sus posibilidades de competencia. Después de la muerte de su madre y, más tarde, de la de su padre, vino el remate de la casa, el local, los muebles y la mercadería. Diana tuvo que salir, entonces, en busca de trabajo para mantenerse.

Justo antes de la entrevista laboral que sería por fin la definitiva, fue al baño, se sacó la bombacha y la guardó en el bolso. Una vez dentro del despacho, el gerente, “a diferencia de lo que había hecho en cada una de las otras entrevistas, no tuvo necesidad de dejar caer la lapicera a la alfombra y arrodillarse bajo el escritorio para recogerla. Diana movió su silla hacia atrás hasta que la parte superior del cuerpo escapó a la luz directa del quinqué, arrolló la falda y dejó a la vista del gerente los labios asomados bajo el vello dorado del pubis” (p. 35).

Cuando concluía el trabajo matutino de escritorio llegaba el gerente que, después de chequear la agenda y firmar algunos papeles, se disponía a leer sus libros de poesía para relajarse. Minutos después, Diana daba por comenzada la función: “unas veces permanecía sentada, cruzaba y descruzaba las piernas, se inclinaba hacia un lado o hacia el otro para recoger un útil o un papel que caía de su escritorio, recogía el cabello sobre la nuca o se desataba el corpiño para aflojar la presión de los breteles en la espalda y los hombros. (...) Durante esas representaciones jamás miraba hacia el sillón. Era –ella usó esas palabras– como un teatro de cámara para un solo espectador” (págs. 42-43).

Desde una selección de los relatos centrados en la vida de la protagonista de la historia, procuraremos dar cuenta de algunas características fundamentales del mundo moderno en la relación poder-subjetividad-cuerpo. Para ello, se focalizará el problema del cuerpo y de la vida como objetos y, al mismo tiempo, sujetos del poder contemporáneo, reparando en el poder *de* la vida a la luz de ciertas prácticas que emergen como contra-conductas o resistencias.

La propuesta consiste en hilvanar las reflexiones con fragmentos de la novela que resultan significativos para dar cuenta de la emergencia de nuevos marcos de emancipación ligados al cuerpo, entendiéndolo como lugar de cultura. Nos guiaremos por la intuición de que diversos materiales de la cultura (como en este caso un ejemplo tomado de la literatura argentina contemporánea, que se conecta con ciertas regularidades que también pueden rastrearse en películas del nuevo cine argentino –Cfr. Aguilar, 2006– o en investigaciones recientes sobre la danza en las bailantas –Cfr. Silba y Spataro, 2008–) permiten arriesgar algunas reflexiones acerca de las transformaciones del cuerpo de las mujeres, que abren la posibilidad de reivindicar la elaboración de un nuevo lenguaje corporal sin, por ello, dar por finalizada la lucha contra las representaciones del cuerpo de la mujer como objeto de represión, de escándalo, de explotación. Se buscará pensar dichos materiales como portadores de ciertas claves y cifras para comprender, desde las figuras de la ficción, las formas que asume la indeterminación de la libertad en el cuerpo de las mujeres¹.

Panoramas actuales

La situación de enunciación de la novela remite a la decadencia del menemismo y el ascenso de los niveles de desocupación, narrados a partir de un conjunto de indicios que exponen las repercusiones específicas en el cuerpo de las mujeres: los avisos clasificados, donde prevalecen las ofertas de prostitución sobre otros puestos laborales; la proliferación de casas de lencería de lujo, precisamente en momentos de falta de trabajo, aparecen como síntomas del contexto de crisis argentino. A pesar de la uniformidad de la vestimenta de las mujeres en las oficinas del micro-centro porteño, a menor escala de poder se incrementa la estética provocativa como otro signo de las particularidades de la lucha por su sobrevivenciaⁱⁱ.

La historia se desarrolla en una transición hacia la situación del capitalismo que Gilles Deleuze (2005: 119) identifica como “capitalismo de superproducción”, caracterizado por ser esencialmente dispersivo, en el que la fábrica es reemplazada por la empresa y la venta de servicios y acciones. Con relación al declive de la matriz de bienestar social, el avance del neoliberalismo y el liberalismo político a finales del siglo XX, en “La metamorfosis de la cuestión social” (1998), Robert Castel analiza las transformaciones del rol desempeñado por el trabajo en el contexto de derrumbe de la sociedad salarial. Durante su crecimiento y expansión, el funcionamiento del Estado social se produjo sobre la base de dos procesos contradictorios: por una parte, el desarrollo de efectos individualizantes, propios de la sociedad salarial; por otra parte, las intervenciones estatales de carácter burocrático impusieron la homogeneización y eliminación de las particularidades individuales. En los años ‘70 ocurrió, según Castel, una “conmoción”: la posible inempleabilidad de los calificados, en el marco de la pérdida de hegemonía del contrato laboral, la precarización del trabajo y el desempleo. La flexibilidad se inscribe en el núcleo de la “nueva cuestión social”, donde las reglas capitalistas impuestas por el despliegue tecnológico y económico instalaron una condición social novedosa, la de los “supernumerarios”, caracterizados por su inutilidad para el mundo y su inintegrabilidad.

Dentro del horizonte cultural argentino de crisis en el que se enmarca la novela, el crecimiento de la autonomía sexual de las mujeres y el surgimiento de nuevos roles sociales, entre otras cuestiones, han influido en el declive del universo masculino y la ruptura de su clásico rol de proveedor. Daniel Míguez y Pablo Semán sostienen que “la ampliación del ‘tiempo libre’, la distancia de la disciplina laboral o, en otros casos, la transformación del mundo laboral en un mundo intolerable e imposible de asumir como fuente de identificación y experiencia positiva han dejado un espacio para la reelaboración de la identidad y los estándares de valoración” (2006: 31).

Así, *El trabajo* puede caracterizarse por el contrapunto entre una situación particular que posibilita la emergencia de nuevas formas de resistencia y una constante histórica que, en términos generales, no registra una modificación sustancial de las condiciones de vulnerabilidad y desventaja de las mujeres con respecto al trabajoⁱⁱⁱ y la profundización de la tendencia a la feminización de la pobreza^{iv} (procesos que refieren a los efectos de los programas de ajuste estructural inherentes a las políticas neoliberales). A través del creciente empobrecimiento material de las mujeres, el empeoramiento de sus condiciones de vida y la vulneración de sus derechos fundamentales, la vida de las mujeres se ve afectada de manera peculiar, debido a que su flexibilidad y capacidad de adaptación a los horarios parciales o irregulares concuerdan con las condiciones imperantes del nuevo mercado laboral global. Según Saskia Sassen, además de la pobreza se está feminizando la sobrevivencia^v.

El cuerpo, el traje

En un pasaje, dice el narrador: “Le pregunté a Diana qué era lo peor para una mujer que no tenía trabajo. Salir a buscar, me dijo. Por eso muchas chicas no buscan más”.

La diferencia entre tener un empleo y vivir de la prostitución suele presentarse como un abismo revestido de connotaciones éticas infranqueables. En la novela, no obstante, entre ambos extremos se ensancha una zona gris que yuxtapone las distinciones convirtiéndolas en una cuestión de gradación^{vi}. Desde el punto de vista formal, la violencia desplegada sobre el cuerpo de la mujer desempleada, expuesta a determinados acosos, o las acciones que lleva a cabo para permanecer en un puesto de trabajo pueden considerarse equivalentes al ejercicio de la prostitución.

Dentro de un régimen de poder que se ejerce *sobre* la vida, frente al desempleo la mujer se prostituye a cambio de una relativa estabilidad. La salida laboral se localiza en la epidermis. El cuerpo de mujer reviste la instrumentalidad catalizadora de la obtención de trabajo, como sugiere una posible interpretación de la ilustración de la cubierta del libro^{vii}.

El relato de la novela, inmerso en el estado de crisis y preocupación social, es cruzado transversalmente por referencias al erotismo^{viii}, a partir de diversas escenas que sitúan al cuerpo de la mujer en un proceso de pornografización/erotización contemporáneo que se presenta bajo la ambivalencia de sentidos negativos (*de control-estimulación*^{ix}) y positivos (*productivos*).

Quisiéramos proponer la hipótesis de que el erotismo se convierte, con el correr de las páginas, en un elemento relativo a la crítica social. Si la historia de Diana está atravesada por la humillación de género, su vínculo con la sensualidad introduce, a la vez, la posibilidad de

enfrentar –hasta cierto punto– la situación. La dimensión erótica proyectada bajo la relación jerárquica de los varones hacia las mujeres sufre un trastocamiento y se convierte en un intersticio para una crítica de la opresión y una potencial liberación, que ocurre a través de la vivencia corporal.

La historia de Diana, en varios aspectos, actualiza el mito de la cazadora^x. Condensa con ambivalencia los problemas vinculados a la situación de la mujer en la Argentina, a la vez que expone una suerte de legado de representar la esperanza de un cambio social basado en la seducción a través del cuerpo. No sólo aparece enfocada como víctima de acosos y abusos, sino que en sus estrategias de sobrevivencia encuentra un modo de resistir.

El trabajo

El clima opresivo y la naturaleza precaria de la situación social no producen en la historia apenas un *racconto* realista de la decadencia, sino que Diana, en tanto en cuanto epicentro de atención, irradia sobre las circunstancias un modo de relación estético con el entorno, una forma de vida construida desde lo artístico. Pero no alcanza un estado final de autonomía debido a que, en cierta medida, mantiene el espíritu de obediencia en la consecución de la labor y el trabajo cotidianos, que implica un rechazo del yo, una renuncia a sí misma.

Durante la jornada laboral, el “tiempo libre” se suspende a cambio de una suma de dinero por la venta, a costa de condiciones y reglamentos, de la fuerza de trabajo. Implica, en este sentido, una forma específica de violencia. Este problema se presenta de manera particular en el caso de Diana, quien a pesar de estar expuesta a sucesivos episodios de acosos y discriminación sexista parece tener cierta intuición de la fascinación erótica que produce entre los varones. Quizá esto se deba a su identificación como artista que, por capacidad de sublimación^{xi}, es la contracara de una vida sexual ausente; la concentración de energías sexuales se dirige a la consecución de fines que están más allá del placer individual, como la obtención de un trabajo o la búsqueda de la perfección artística en los ensayos de las coreografías a estrenar en el teatro de burlesque donde trabajó después de renunciar al empleo de la oficina. Diana no canaliza el placer a través de satisfacciones de un orden estrictamente sexual, sino en la producción y el consumo de manifestaciones artísticas.

Sin embargo, la audacia de Diana no siguió los pasos de un triunfo heroico. La novela cierra con el recuerdo de las conversaciones que mantuvo con el narrador, escritor de los libretos; pero sin Diana, que después de una actuación fue violada y dejada en la puerta del edificio donde se alojaba. No volvió al galpón ni al teatro, tampoco contestó el portero eléctrico, hasta que se mudó. El narrador, en ese punto, detiene la historia.

La ausencia de datos acerca del violador resulta significativa, como si en el fondo no importara quién fue el autor del hecho. A partir de la lectura de la novela surgen diversas posibilidades a quienes adjudicar el delito (el hermano de la recepcionista, el vecino de enfrente, el gerente, el cadete de la empresa, el policía...), lo que revela cierta indistinción respecto de la culpabilidad entre los varones. Parece no importar, en definitiva, quién violó a Diana; cualquiera hubiera podido hacerlo, ya que todos, al menos en potencia, estaban habilitados por la matriz falogocéntrica de la cultura contemporánea.

El relato de la historia de Diana fue posible debido a la sucesión de acciones intercaladas en los intersticios de la inercia cotidiana, que complejizó el devenir lineal de la vida fáctica para la muerte, a pesar de que su correlato no signifique una completa emancipación. Asistió, en cambio, a un proceso de lucha entre el desvanecimiento y la permanencia, entre la fabricación de medios utilitarios de sobrevivencia y la durabilidad a través de una vida contradictoria, vivenciada en torno a cierta experiencia estética y sensual de las vicisitudes habituales.

Dialéctica de la resistencia

“Las teorías de la práctica opositiva en la cultura popular necesitan ser construidas situacionalmente. (...) La resistencia debe ser teorizada *estratégicamente*, como algo que puede ser eficaz en una instancia y no en otra”
(Beverly Best, en Alabarces, Salerno, Silba & Spataro, 2008: 57).

Un análisis capaz de enfatizar el carácter incompleto de cualquier estrategia de dominación, según indica Paula Abal Medina (2007) respecto de los aspectos productivos de la teoría propuesta por Michel de Certeau, consiste en “un abordaje complejizador de la dominación y el señalamiento de una politicidad de lo cotidiano cuyo signo es el conflicto y no la introyección del orden; la tensión y no la pasividad”^{xii}. Como sostiene Stuart Hall (1994), las relaciones de poder, de dominación y subordinación, son intrínsecas a las relaciones culturales. Por lo tanto, las formas culturales jamás se presentan de manera coherente y completa, sino que son profundamente contradictorias.

La indeterminación constitutiva de todo dispositivo, condición de posibilidad de la emergencia de prácticas de desvío, no debe pasar por alto el enfoque foucaultiano de las relaciones de poder. Para Foucault (1976; 2005) corresponde inscribir el vínculo entre el cuerpo y los mecanismos legales y culturales que aseguran su control a partir de un desapego de los esquemas psicoanalíticos que tienden a concebir el poder de manera jurídica, negativa, formal. En lugar de analizar el poder en función de la ley y el soberano, de la regla y la prohibi-

ción que se expresa bajo la fórmula “no debes”, se trata de desarrollar una concepción positiva de la tecnología del poder, no desde su representación sino a partir de su funcionamiento. Este giro materialista del poder, que constituye a la vida y al cuerpo como objetos de dominio, ha introducido una transformación radical en la tecnología del poder a partir del siglo XVIII: a la disciplina y la regulación se sumó el perfeccionamiento de una anátomo-política y de una bio-política.

La pregunta, entonces, es de qué manera el poder es ejercido y conservado desde la localización de Diana en la red de poder de la oficina o del burlesque. En *El trabajo* se superponen varias formas de dominación y de sujeción que operan local y regionalmente, de acuerdo con especificidades históricas y geográficas que inhabilitan la referencia global a «el poder». Este análisis permite iluminar el interludio que se abre entre los extremos opuestos de la resistencia y la sumisión, colocando entre paréntesis el esquema dicotómico de la acción política tradicional (concebida según el modelo contestatario y radical de la militancia en la esfera pública). De esta manera, pareciera volverse posible rastrear instancias signadas por el ejercicio activo de la sexualidad de las mujeres, a partir de la noción de subalternidad entendida como prácticas de resistencias que se despliegan de manera contradictoria y procesual.

El esfuerzo por captar microscópicamente los momentos furtivos en los que las relaciones de poder autorizan instancias *positivas/productivas* de puesta en juego de cierta autonomía relativa puede presentar, asimismo, efectos de lectura ambivalentes: por un lado, concebir la resistencia más allá (o más acá) de las formas tradicionales del ejercicio de las prácticas políticas de oposición, que muchas veces tienden a presentarla como un estado localizable, supone que cualquier sujeto social (colectivo o individual) se encuentra habilitado para responder –no necesariamente de manera verbal y a través de un discurso articulado de acuerdo con los parámetros de la acción comunicativa y racional– a situaciones de dominación. Pero, por otro lado, el reconocimiento de matrices alternativas con capacidad de reelaboración de las culturas convencionales no debe pasar por alto el carácter estructural de la opresión (en este caso, consecuencia de la dominación patriarcal y capitalista)^{xiii}.

Como subraya María Graciela Rodríguez (2008: 309), el problema de las lecturas diferenciales implica que “hablar de cultura popular –de culturas populares, en verdad– es continuar el diálogo con tradiciones y perspectivas ya maduras sobre comunicación y cultura. Ello significa establecer un punto de vista complejo que requiere superar la ilusión de incontaminación de los sentidos presentes en la vida cotidiana de los sujetos de las clases populares, o de que estos sentidos pueden recortarse y delimitarse poniendo en suspenso sus relaciones con una cultura ‘otra’, que le sería, además, externa”. En esta dirección, la noción de resistencia

comprendida a partir de su condición procesual y dialéctica abre “la posibilidad de que sectores en posición subalterna desarrollen acciones que puedan ser interpretadas, por el analista o por los actores involucrados, como destinadas a señalar la relación de dominación o a modificarla. Entendemos aquí por *subalternidad* de manera amplia, en un sentido político, de clase, étnico, de género o denominando extendidamente cualquier tipo de situación minoritaria. Por su parte, sostenemos que la interpretación de esa *posición resistente* puede ser producida tanto por los que ejercitan la acción como por aquellos que, dada su posición hegemónica, sean sus destinatarios” (Alabarces, Salerno, Silba & Spataro, 2008: 33).

Ahora bien, ¿cuál es el criterio de demarcación entre las prácticas de sumisión y de resistencia? (cabe preguntarse si se puede hablar de un criterio único para diferentes prácticas; o en todo caso cuál sería el valor heurístico del establecimiento de criterios heterogéneos respecto de cada situación); ¿cuál es el origen de la postulación de dicho criterio, si no la mirada del/a investigador/a^{xiv}?; ¿cuáles son los alcances políticos del reconocimiento de zonas de disputa y desvíos?, cuestión ligada al interrogante por cómo la producción teórica puede hacerse cargo de los desafíos a la concepción de la subjetividad, la temporalidad, la espacialidad de la política y de la cultura que implican la identificación de desajustes, indeterminaciones y principios de escisión incapaces de articularse en acciones colectivas voluntarias e integradas.

Conclusión

“La necesidad de prestar voz al sufrimiento es condición de toda verdad”
(Theodor Adorno, 2005: 28)

En la novela que tomamos como punto de partida para este ensayo, ante la negativa a asumir posiciones narrativas integrales, la constitución de un relato social alternativo queda obturada; como si ya no hubiera narración previa que lograra instaurar un recorrido, sobre los precarios órdenes del azar se producen deslizamientos que, si bien no marcan una salida o distancia crítica respecto de la situación dada, sí permiten cierta negatividad o promesa de resistencia más allá del cierre de la historia (que se presenta bajo la forma de constantes transiciones y movimientos de huida de la protagonista). No se trata de una libertad positiva, que implicaría una organización social capaz de habilitar la manifestación de dicha voluntad, sino de una economía de la subsistencia en la que se vislumbran formas de libertad negativas, que no pasan por la toma del poder sino por un repliegue en sí misma. Aunque este concepto estrecho y restringido de la libertad no cancele la ambigüedad ni la perplejidad causadas por ese

estatuto político, en sus manifestaciones efímeras habilita enfocar el cuerpo como espacio político de enunciación que permanece a pesar de la dilución de la homogeneidad de las ideas de conciencia y deliberación que primaban en la voz del militante.

“Pensar los límites de la inscripción de la ley en los cuerpos permite pensar también la constitución de las narrativas sociales. Y lo cierto es que, en la historia de la Mismidad, la Otredad se resiste al relato” (Rodríguez, 2005: 27). El trabajo se convierte en una narración imposible por su propia incapacidad de imponer un relato estable. El trabajo, que llegó a colmar las vidas, no llegó a emanciparlas. En este sentido, la promesa de narración del trabajo ha sido desmantelada. La novela presenta una sucesión de escenas y concluye con la suspensión de la historia en el punto en que se produce la violación. Ante esta inmovilidad del relato, es el cuerpo el que se muestra como acumulación, como narración, como lugar de experiencia. Pero no se trata de cualquier cuerpo, sino de aquellos cuerpos que no se adaptaron completamente al proceso actual de mercantilización y comercialismo del cuerpo como objeto de salvación (Cfr. Baudrillard). Como dice Gonzalo Aguilar a propósito del nuevo cine argentino (2006), son cuerpos extremos, con una vida acumulada o con una carga que no pueden soportar.

El cuerpo es una zona liminar que se vuelve frente de la resistencia de la vida de las mujeres, que se oponen a ser acosadas y a su vez exponen su cuerpo a potenciales acosos; de este conflicto surge el carácter contradictorio del sentido que puede darse a sus acciones (*prácticas de libertad* antes que *procesos de liberación*; *principios de escisión* antes que *estado de resistencia*) orientadas hacia posiciones que salen al encuentro de la opresión predominantemente masculina, pero también étnica, racial y de clase.

Las preguntas que delinea Abal Medina (¿qué está primero: la praxis de resistencia o la falla de la dominación?; ¿es posible concebir una dimensión colectiva de la resistencia desde la articulación de tácticas dispersas y en gran medida inconscientes?) se vuelven centrales para el recorrido analítico de los problemas culturales contemporáneos.

De acuerdo con Adorno, la libertad del pensamiento consiste en dar voz a su falta de libertad, abriendo con conceptos aquello que está privado de conceptos, que sin embargo no puede equipararse a ellos. Este movimiento implica controlar el exceso de los matices moralizantes vinculados a la romantización política de la teoría en el abordaje de la resistencia, sin por ello renunciar, en términos adornianos, al momento expresivo de la utopía del conocimiento.

La resistencia a la sociedad normalizadora apoyada en la vida (los reclamos por el “derecho” a la vida, al cuerpo, a la felicidad) opera dentro del marco regulatorio de una “sociedad

de la sexualidad” (Cfr. Foucault, 1977: 178) que tiende a colocar en una posición determinada –aunque no estática– a las mujeres: su sexualidad, permanentemente suscitada, es controlada de manera primordial por un discurso falogocéntrico. “Hay que pensar el dispositivo de la sexualidad a partir de las técnicas de poder que le son compartidas” (Foucault, 1977: 182). Se trata de prestar atención a cómo se articulan en el cuerpo de las mujeres los dispositivos normalizadores del poder –que “no es más que un tipo particular de las relaciones entre los individuos” (Foucault, 2008: 138)–, al mismo tiempo que se despliegan formas de resistencia, dado que la dominación y la administración de la vida nunca ocurren de forma total.

La potencia de rechazo o rebelión es inherente a las desigualdades de poder; por ello, la germinación de “modos de vivir distintos” no puede ocurrir con exterioridad a las relaciones sociales existentes en la racionalidad de las prácticas cotidianas. Por un lado, “la cuestión es: ¿cómo se racionalizan semejantes relaciones de poder?” (Foucault, 2008: 139). Por otro, si las clases obreras fuertemente homogeneizadas y solidarizadas por la gran planta industrial, la ciudad fábrica y los estilos de vida unificados ya no se constituyen en exclusiva como sujetos de liberación, ¿cuáles son las nuevas formas de resistencia contra las sociedades de control?

Notas

ⁱ «La Mujer» constituye una categoría bajo la que, pese a las diferencias que existen entre las mujeres individuales, se presentan supuestos comunes impuestos culturalmente, que resultan en postular a «la Mujer» como *distinta de* «el Hombre». Su relación con el patriarcado se configura en el proceso de construcción de la identidad masculina por oposición, negación y rechazo. “La paradoja de ser definida por otros reside en que las mujeres terminan por ser definidas como otros: son representadas como diferentes del Hombre y a esta diferencia se le da un valor negativo. La diferencia es, pues, una marca de inferioridad” (Braidotti: 13).

Dicho proceso reposa en una *constitución misógina de la diferencia*. La diferencia sexual es presentada como un índice de inferioridad, que descansa sobre bases naturalistas: la diferencia se postula como si constituyera un rasgo natural, asociado a la biología y la anatomía del cuerpo de «la Mujer». En contra de esta postura, la posición feminista escudada por quienes defienden el “feminismo de la igualdad” se ha dedicado a develar la construcción social y cultural de las mujeres como seres diferentes, que funciona sobre la base de la presentación dualista de las diferencias entre los sexos y que expresa, por efecto, la exclusión. En este sentido, la diferencia u «otredad» corporizada por las mujeres se convierte en contrapartida necesaria para mantener el prestigio del sexo masculino, que así se habilita para participar activamente de la esfera pública.

Por otro lado, como indica Donna Haraway, “la conciencia de exclusión debida a la denominación es grande. Las identidades parecen contradictorias, parciales y estratégicas. El género, la raza y la clase, con el reconocimiento de sus constituciones histórica y social ganado tras largas luchas, no bastan por sí solos para proveer la base de creencia en la unidad ‘esencial’. No existe nada en el hecho de ser ‘mujer’ que una de manera natural a las mujeres. No existe incluso el estado de ‘ser’ mujer, que, en sí mismo, es una categoría enormemente compleja construida dentro de contestados discursos científico-sexuales y de otras prácticas sociales. La conciencia de género, raza o clase es un logro forzado en nosotras por la terrible experiencia histórica de las realidades sociales contradictorias del patriarcado, del colonialismo y del capitalismo. Y, ¿quién cuenta como ‘nosotras’ en mi propia retórica? ¿Qué identidades están disponibles para poner las bases de ese poderoso mito político llamado ‘nosotras’? ¿Qué podría motivar nuestra afiliación a tal colectividad? La dolorosa fragmentación existente entre las feministas (por no mencionar la que hay entre las mujeres) en todos los aspectos posibles ha convertido el concepto de mujer en algo esquivo, en una excusa para la matriz de la dominación de las mujeres entre ellas mismas. Para mí –y para muchas que comparten una localización histórica similar dentro de cuerpos blancos, profesionales, de clase media, femeninos, radicales, norteamericanos y de mediana edad– las fuentes de crisis en la identidad política hacen legión. La historia reciente de gran parte de la izquierda y del feminismo norteamericanos ha sido una respuesta a esta crisis consistente en divisiones sin fin y en búsquedas de una nueva y esencial unidad. Pero, también, ha habido un creciente reconocimiento de otra respuesta a través de la coalición –afinidad– y no ya de la identidad”.

En la recepción de las empresas, donde esperaban por turno ser entrevistadas, “todas, vestidas con blusas que, unas más otras menos, transparentaban el corpiño, polleras de falda corta y zapatos con tacos de aguja, sabían que, fuera cual fuese su suerte con el gerente, el día para ellas terminaría en ese edificio porque ya no habría tiempo para presentarse a otra entrevista. Eso mismo, a la vez que las hacía resignarse, las aliviaba. A diferencia de lo que había ocurrido a lo largo de la mañana, conversaban, se convidaban caramelos, se recomendaban cremas contra las várices o tinturas para el cabello –Diana me lo dijo– y se daban aviso de casas que tenían zapatos, blusas o lencería en liquidación” (p. 25).

La novela presenta varias escenas en las que pueden entreverse lazos de camaradería, que abren un paréntesis al poder jerárquico a través de cierta complicidad de género o compañerismo entre las mujeres: en la conversación que mantienen Diana y la conocida de la familia al encontrarse en el cementerio (p. 33); en las charlas con la recepcionista en el despacho del gerente (quien rápidamente se volvió su confidente); en la anécdota con la vendedora de la lencería, ex cliente de la tiendita, que le insistía para que se llevara otra prenda (“Yo sé cómo están las cosas. Créeme. Lo que pasa es que con una de esas bombachas yo conseguí este trabajo y una nunca sabe cuándo va a tener que salir a buscar otra vez”, p. 69). La angustia reiterada que Diana había sentido cuando iba en busca de trabajo se revivía cada vez que encontraba sobre el escritorio del despacho donde fue contratada el currículum de alguna mujer ofreciéndose como secretaria. En esos momentos recordaba “cuántas chicas seguían viviendo en el infierno” (p. 83).

En todos los ejemplos aludidos las mujeres parecen sufrir la misma opresión de género (aunque no demuestren de forma explícita tener conciencia de su condición) y compartir la exposición a diversos tipos de acosos y abusos: “Las puertas de los despachos, por ejemplo, se cerraban sin dificultad, herméticamente, y las chicas tenían que explicar con quién vivían, si eran el sostén de personas mayores, si tenían novio y planeaban un casamiento a mediano plazo, si padecían alguna disfunción menstrual, si acordaban trabajar bajo contratos temporarios, si tenían alguna objeción en firmar un telegrama de renuncia anticipado para el caso de quedar embarazadas, o adelantar cuál sería su comportamiento ante un hipotético llamado a huelga” (p. 275).

La afirmación de un *lazo entre las mujeres* forma parte de un movimiento fundacional de la historia feminista, que se basa en su relación mutua debido a que comparten la misma categoría de «diferencia» entendida como un aspecto negativo. “En otras palabras, De Beauvoir considera que la descalificación del sujeto femenino es una necesidad estructural de un sistema que construye las diferencias como oposiciones, lo cual constituye la mejor manera de afirmar las normas, el estándar normal: lo masculino” (Braidotti: 14). No obstante, aunque sin pasar por alto el problema señalado, en los vínculos que se establecen entre las mujeres de la novela pueden verse ciertas construcciones de lazos como formas de resistencia.

ⁱⁱ Diana se preguntaba si el trance hipnótico en el que entraba cuando invertía horas en la elección de una bombacha en la intimidad de su tiendita familiar era una cualidad especial, o bien una característica común a todas las mujeres. “Muchas veces se había preguntado si otras mujeres experimentarían algo semejante y siempre había tenido la impresión de que su caso, si no anormal, al menos era distinto. Tenía a su disposición todas las prendas de la tiendita y podía demorarse en el examen de cada bombacha sin que nadie la interrumpiera ni la apurara a decidirse, pero además la naturaleza furtiva de la escena se correspondía con otras que había leído en novelas y esa coincidencia le hacía pensar –ella me lo dijo– que al menos una parte de la realidad en que vivía era diferente a la de las demás mujeres; como si se tratara de una malla mental tejida con alucinaciones donde esas prendas suaves, delgadas, elásticas y de un tamaño que podía apretarse con la mano, vibraban de un modo enigmático, igual a talismanes que, por asomarse a lo más secreto de su cuerpo y guardar su temperatura y su más íntimo perfume, fuesen una parte de ella misma” (p. 63-64).

Sin embargo, luego de recorrer las vidrieras de las casas de lencería de la avenida, entró a un local y, apenas rozó las prendas con los dedos, comprobó que después del remate de la tienda de sus padres había perdido la singularidad de la experiencia de su relación previa con las bombachas. “A la luz cruda del salón era como una artista que elegía nada más que un accesorio del vestuario con el que saldría a escena y, sin importar la cantidad de veces que se pusiera la bombacha ni los cuidados que le dedicara, la prenda nunca llegaría a ser otra cosa que una herramienta de trabajo” (p. 67).

Esa suerte de pérdida del aura de las bombachas parecía convertir la experiencia de Diana en un caso más del sentido que el resto de las mujeres –desocupadas como ella– atribuían a la ropa interior. La lencería resultaba, sin más, catalizadora de la obtención de un trabajo y de su mantención.

ⁱⁱⁱ “Richard Gordon ha denominado a esta situación la ‘economía del trabajo casero’. Aunque incluye el fenómeno del trabajo casero literal que emerge con el ensamblaje electrónico. Gordon llama ‘economía del trabajo casero’ a la reestructuración del trabajo que, en general, posee las características que antes tenían los empleos de las mujeres, empleos que sólo eran ocupados por éstas. El trabajo, independientemente de que lo lleven a cabo hombres o mujeres, está siendo redefinido como femenino y feminizado. El término ‘feminizado’ significa ser enormemente vulnerable, apto a ser desmontado, vuelto a montar, explotado como fuerza de trabajo de reserva, estar considerado más como servidor que como trabajador, sujeto a horarios intra y extrasalariales que son una burla de la jornada laboral limitada, llevar una existencia que está siempre en los límites de lo obscuro, fuera de lugar y reducible al sexo. El hecho de matarse trabajando en la oficina es una vieja estrategia que ahora se aplica a los antiguos trabajadores privilegiados. No obstante, la economía del trabajo casero no se refiere solamente a un matarse en la oficina en gran escala, ni tampoco niega que estén apareciendo nuevas áreas de superespecialización incluso para las mujeres y los hombres que antes se encontraban excluidos de estos puestos, sino que la fábrica, el hogar y el mercado están integrados en una nueva escala y que los puestos de las mujeres son fundamentales y necesitan ser analizados con respecto a las diferencias entre las mujeres y a las relaciones entre hombres y mujeres en situaciones diferentes” (Haraway, 1991).

^{iv} “Los nuevos arreglos económicos y tecnológicos están asimismo relacionados con el desfalleciente estado del bienestar y con la consiguiente intensificación de las exigencias que se hacen a las mujeres para que se mantengan a sí mismas y ayuden en el mantenimiento de los hombres, de los niños y de los ancianos. La feminización de la pobreza –generada por el desmantelamiento del estado del bienestar, por la economía del trabajo casero en el que los empleos estables son raros, y mantenida por la suposición de que los salarios que ganan las mujeres no serán compensados mediante un aumento en los de los hombres dedicado al cuidado de los hijos– se ha convertido en algo preocupante. Las causas de los hogares presididos por una mujer están en función de la raza, de la clase o del sexo, pero su generalización cada vez mayor da pábulo a coaliciones femeninas en muchos temas. No es algo nuevo que las mujeres emplean normalmente parte de su vida diaria en función de su forzado estatuto de madres. La integración dentro de la economía capitalista, que se basa cada vez más en los productos bélicos, es nueva. Por ejemplo, la presión que existe sobre las mujeres negras norteamericanas que han escapado del apenas pagado servicio doméstico y que ahora tienen cada vez más empleos en trabajos de oficina y similares, tiene grandes implicaciones para la continua pobreza forzada con empleo. La mujeres adolescentes en áreas industrializadas del tercer mundo son cada vez más la única fuente de ingresos de sus familias, mientras que el acceso a la

tierra se hace cada vez más problemático. Estos acontecimientos tendrán progresivamente más y mayores consecuencias en la psicodinámica y en la política del género y de la raza” (Haraway, 1991).

^v “En efecto, la producción alimenticia de subsistencia, el trabajo informal, la emigración o la prostitución son actividades económicas que han adquirido una importancia mucho mayor como opciones de supervivencia para las mujeres” (Rosa Cobo y Luisa Posada: “La feminización de la pobreza”. Extraído de: <http://www.mujeresenred.net/spip.php?article620>).

^{vi} A la espera de una entrevista laboral, una chica le confesó a Diana que “con el paso de los meses sin conseguir trabajo su resistencia no era exactamente hacia la prostitución ni a tener trato con los explotadores que, al fin, no le resultaban muy distintos de los gerentes con los que se entrevistaba día a día, sino a comenzar a prostituirse; la aterraba imaginar el momento en que el primer cuerpo de un desconocido se encajara en el suyo para transferirle flujos de semen, saliva y sudor. La chica creía que más tarde, a fuerza de repeticiones, esa transferencia perdería su naturaleza inconcebible y poco a poco se igualaría, por ejemplo, a la humedad que una camarera se llevaba en las manos al limpiar la mesa donde un grupo de hombres había pasado la noche; o a la que una mucama recogía con las toallas usadas en las habitaciones de un hotel para parejas” (p. 77).

La recepcionista, luego de haber sido despedida por causa de un problema de amantes en el que estaba involucrada junto al gerente de personal, dijo que en su nuevo trabajo “ganaba un poco más, tenía buenas compañeras, le pagaban en efectivo al final de cada día y no la trataban ni mejor ni peor que en la compañía” (p. 81).



^{vii} John Holcroft. © SuperStock/Otras Imágenes S.A.

^{viii} A modo de selección y ejemplo, valgan los siguientes cinco fragmentos para una cronología del erotismo en la novela:

UNO. Con la ropa interior y la pollera seleccionadas para salir a buscar trabajo, Diana practica cruzar y descruzar las piernas frente al espejo.

DOS. Al acercarse al colectivo, una brisa fue suficiente para levantarle la pollera y que el chico del canasto de los libros –que se había agachado a mirarle las piernas en la vereda– pudiera verle la bombacha.

TRES. Un relámpago le permitió divisar al mismo chico durmiendo en una habitación del edificio de enfrente. Diana lo imaginó masturbándose en base al recuerdo del episodio anterior; se sintió por primera vez, desde la muerte de su padre, acompañada por alguien.

CUATRO. Diana, justo antes de ser entrevistada, fue al baño, se sacó la bombacha y la guardó en el bolso. Una vez dentro del despacho, el gerente, “a diferencia de lo que había hecho en cada una de las otras entrevistas, no tuvo necesidad de dejar caer la lapicera a la alfombra y arrodillarse bajo el escritorio para recogerla. Diana movió su silla hacia atrás hasta que la parte superior del cuerpo escapó a la luz directa del quinqué, arrolló la falda y dejó a la vista del gerente los labios asomados bajo el vello dorado del pubis” (p. 35).

CINCO. Cuando Diana concluía el trabajo matutino de escritorio, que básicamente consistía en la lectura de correspondencia y el ordenamiento de archivos, después del almuerzo llegaba el gerente y, al terminar de chequear la agenda y firmar algunos papeles, se disponía a leer sus libros de poesía para relajarse. Minutos después, Diana daba por comenzada la función: “Aunque eso no ocurriese siempre a la misma hora, ni tampoco todas las tardes, ella, sin embargo, podía advertir la aproximación del gerente a través de una serie infalible de sonidos; el cierre del libro, los pasos que iban del escritorio al sillón de cuero y el golpe blando de los zapatos en la alfombra. De manera que unas veces permanecía sentada, cruzaba y descruzaba las piernas, se inclinaba hacia un lado o hacia el otro para recoger un útil o un papel que caía de su escritorio, recogía el cabello sobre la nuca o se desataba el corpiño para aflojar la presión de los breteles en la espalda y los hombros. (...) Durante esas representaciones jamás miraba hacia el sillón. Era –ella usó esas palabras– como un teatro de cámara para un solo espectador. Y así como en algún momento de la tarde el gerente se había recostado para verla trabajar, en otro se levantaba del sillón, se calzaba los zapatos y salía del despacho. Cuando escuchaba que la puerta se cerraba, ella entendía que la representación había tenido éxito y su trabajo, por ese día, estaba cumplido” (págs. 42-43). Los números, con el correr de los días, irían perdiendo el factor sorpresa; la eficacia de las representaciones podía dañarse, precisamente, por la rutina que envolvía los movimientos coreografiados en dos aspectos: por un lado, el vestuario de Diana era muy limitado, lo cual reducía las posibles combinaciones de ropa y aumentaba su deterioro; por otro, el espacio del gabinete no era suficiente para que pudiera explayarse libremente en sus representaciones.

^{ix} En “Poder-Cuerpo”, Foucault indica que ante la sublevación del cuerpo sexual el poder responde “por medio de una explotación económica (y quizás ideológica) de la erotización, desde los productos de bronceado hasta las películas porno... En respuesta también a la sublevación del cuerpo, encontraréis una nueva inversión que no se presenta ya bajo la forma de control-represión, sino bajo la de control-estimulación: «¡Ponte desnudo... pero sé delgado, hermoso, bronceado!»” (1980: 105).

^x Nacida en Delos, Ártemis es identificada por los romanos como Diana, la cazadora. Si bien algunos sostienen que es hija de Démeter (dios de la fertilidad), generalmente es considerada hermana gemela de Apolo e hija de Leto y Zeus.

Ártemis se mantuvo siempre virgen y eternamente joven. Al igual que su hermano, andaba armada con un arco para cazar desde ciervos salvajes hasta humanos mortales. Era vengativa; se dice que muchos han sufrido a causa de su ira.

Ártemis era la protectora de las Amazonas, guerreras y cazadoras como ella, e igualmente libres e independientes del yugo masculino.

^{xi} Según el *Diccionario de Psicoanálisis* de Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis (2007), sublimación es un “proceso postulado por Freud para explicar ciertas actividades humanas que aparentemente no guardan relación con la sexualidad, pero que hallarían su energía en la fuerza de la pulsión sexual. Freud describió como actividades de resorte principalmente la actividad artística y la investigación intelectual.

Se dice que la pulsión se sublima, en la medida en que es derivada hacia un nuevo fin, no sexual, y apunta hacia objetos socialmente valorados.

El término ‘sublimación’, introducido en psicoanálisis por Freud, evoca a la vez la palabra *sublime*, utilizada especialmente en el ámbito de las bellas artes para designar una producción que sugiere grandeza, elevación, y la palabra *sublimación* utilizada en química para designar el proceso que hace pasar directamente un cuerpo del estado sólido al estado gaseoso.

A lo largo de toda su obra, Freud recurre al concepto de sublimación con el fin de explicar, desde un punto de vista económico y dinámico, ciertos tipos de actividades sostenidas por un deseo que no apunta, en forma manifiesta, hacia un fin sexual: por ejemplo, creación artística, investigación intelectual y, en general, actividades a las cuales una determinada sociedad concede gran valor. Freud busca el resorte último de estos comportamientos en una transformación de las pulsiones sexuales: la pulsión sexual pone a disposición del trabajo cultural cantidades de fuerza extraordinariamente grandes, en virtud de la particularidad, singularmente marcada en dicha pulsión, de poder desplazar su fin sin perder en esencia intensidad. Esta capacidad de reemplazar el fin sexual originario por otro fin, que ya no es sexual pero se le halla psíquicamente emparentada, la denominamos capacidad de sublimación” (págs. 415-416).

^{xii} El análisis de las prácticas o las “maneras de hacer” cotidianas, emprendido por Michel de Certeau en *La invención de lo cotidiano*, parte del interrogante sobre las “operaciones de los usuarios”, sus modos y esquemas de acción. En dirección contraria a los estudios concentrados en la producción y circulación de representaciones, que en repetidas ocasiones no se preguntan por los usos que de ellas hacen los diversos grupos e individuos, de Certeau busca enfatizar la necesidad de analizar la “manipulación” de las representaciones por parte de los usuarios/practicantes, para indagar las diferencias o similitudes de la instancia de utilización respecto a la instancia de fabricación, que lejos de una concepción pasiva como mera recepción es comprendida como una forma secundaria de producción. Dicho enfoque permite posicionar la mirada en los procedimientos populares cotidianos, minúsculos, subrepticios y dispersos que conforman las prácticas antidisciplinarias de los consumidores, insertas en un campo cultural de fuerza y conflictos. Se trata, como expresa el autor, de un análisis *polemológico*: “Las tácticas del consumo, ingeniosidades del débil para sacar ventaja del fuerte, desembocan entonces en una politización de las prácticas cotidianas” (de Certeau, 1996: XLVIII). El valor cultural, por ello, varía de acuerdo con los usos que se realizan en función de los productos. “Bajo la unificación progresiva de los objetos —señala de Certeau en *La cultura en plural* (1999: 202)—, la heterogeneidad de las prácticas puede tomarse en serio y, con ella, la efectividad de una cultura fragmentada”. La obra procura poner de relieve el capital simbólico y técnico presente en las “maneras de hacer” de la vida ordinaria, con el fin de “entender las reglas combinatorias que asocian la inteligencia concreta, la ingeniosidad de los trabajos menudos hechos en casa y la astucia creadora en el torbellino infinito de las prácticas cotidianas” (de Certeau & Giard, 1999: 220).

Para efectuar el estudio de las prácticas cotidianas (leer, hablar, circular, hacer las compras, cocinar...), se parte de la distinción entre *estrategias*, cálculos de las relaciones de fuerzas que resultan posibles por la plausibilidad de aislar un sujeto de voluntad y de poder, debido a que las estrategias postulan un lugar propio que puede establecer una frontera para distinguir al otro como una totalidad visible; y *tácticas*, que no cuentan con un lugar propio ni condiciones de autonomía, sino que constituyen maneras de hacer del “débil” contra el más “fuerte”,

bajo la forma de prácticas cotidianas que producen sin capitalizar, se alejan de la pasividad pero suelen transcurrir silenciosamente, en ausencia del poder.

En lugar de las valoraciones culturales efectuadas por las representaciones oficiales o la política económica, la cultura es considerada en función de las tradiciones orales que instauran lugares de habla, la creatividad práctica que determina el dinamismo de las operaciones y el tratamiento que los grupos efectúan en base a los productos y la información que circula, y los actos de la vida cotidiana que refieren a la pluralidad de situaciones, intereses y contextos de la cultura ordinaria, “una *ciencia práctica de lo singular*” (de Certeau & Giard, 1999: 265). El poder, en este punto, se vuelve central en la configuración de la dinámica social.

^{xiii} Dicho carácter estructural de la opresión debe abordarse a partir de la premisa del perfil histórico de los estudios de lo popular. De acuerdo con la *proposición número cuatro* esbozada en el artículo de Pablo Alabarces: “Cultura(s) [de las clases] popular(es), una vez más: la leyenda continúa. Nueve proposiciones en torno a lo popular”, se indica que si bien todo abordaje de lo popular es histórico y por ello exige una dimensión de análisis diacrónica, al mismo tiempo debe ser sincrónica, debido a que no es posible “leer lo popular por fuera de un momento que constituye un régimen de subalternidad y no otro” (p. 9).

Dentro de este marco, se vuelve pertinente el ejemplo de la discusión en torno a la categoría de patriarcado: estudios feministas como los de Gayle Rubin y Sheila Rowbotham han señalado las limitaciones de dicha herramienta teórica, por aludir al modo específico de dominación basado en el modelo original del pastor nómada del Antiguo Testamento, y porque al referirse al poder del padre, se reducen las complejidades históricas de la opresión de las mujeres al parto, la maternidad y la crianza de los hijos. “Lo que se escapa y permanece ignorado por debajo de ‘patriarcado’ en tanto concepto tomen es el mundo de los ‘intersticios movedizos donde las mujeres han maniobrado y opuesto resistencia’” (Rowbotham, en July Cháneton, 2007: 32).

Como indica John Fiske (1995), los modos políticos de resistencia ocurren, principalmente, en niveles microsociales, donde la cultura popular ejerce la disputa por el sentido de la vida cotidiana desde el interior del sistema que la subordina, con el fin de transformar de manera erosiva el nivel estructural. Se trata, por ello, de acciones más progresivas que radicales.

^{xiv} Resulta esclarecedor retomar los tres tipos de rupturas efectuadas por todo emprendimiento científico de análisis social o cultural, que tematizan Grignon y Passeron (1991), para encuadrar el aspecto señalado. En primer lugar, la ruptura emprendida por el relativismo cultural respecto del etnocentrismo como práctica espontánea de descripción, que permite conferir a las culturas populares el derecho a tener su propio sentido. En este caso, la ideología predisuelta por la construcción del objeto es el *populismo*, que resulta del olvido de la operación de autonomización metodológica (autonomismo). En segundo lugar, la ruptura por parte de la teoría de la legitimidad cultural, que pone en cuestión la ficción de la autonomía absoluta de la cultura popular, a partir de un realismo sociológico que tiene en cuenta las relaciones de fuerza y las leyes de interacción desigual entre las clases sociales. En este caso, el *miserabilismo* emerge del olvido de aquello que se escapa al orden simbólico construido por la teoría de la legitimidad cultural (legitimismo). En tercer lugar, la tercera ruptura que busca introducir una articulación entre medio y experiencias de descripción, dado que los rasgos y comportamientos dominados nunca son puramente autónomos o, por el contrario, únicamente reactivos. Se trata, en este sentido, en efectuar un control epistemológico en base a los conceptos de alternancia y ambivalencia.

Referencias

- Abal Medina, Paula: “Notas sobre la noción de resistencia en Michel de Certeau”, *KAIRÓS*. Revista de Temas Sociales, Universidad Nacional de San Luis, Año 11, Nro 20, noviembre de 2007.
- Adorno, Theodor: *Dialéctica negativa*, Akal: España, 2005.
- Aguilar, Gonzalo (2006): *Otros mundos. Un ensayo sobre el nuevo cine argentino*. Buenos Aires, Santiago Arcos Editor.

-
- Alabarces, Pablo: “Cultura(s) [de las clases] popular(es), una vez más: la leyenda continúa. Nueve proposiciones en torno a lo popular”, ponencia ante las *VI Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación*, Córdoba, 17 al 19 de octubre, 2002.
 - Alabarces, Pablo; Salerno, Daniel; Silba, Malvina & Spataro, Carolina: “Música popular y resistencia: los significados del rock y la cumbia”, en Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (comps.) *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Paidós, 2008.
 - Arendt, Hannah. *De la historia a la acción*. Barcelona, Editorial Paidós, 1995.
 - Braidotti, Rosi: *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2004.
 - Cháneton, July: *Género, poder y discursos sociales*, Buenos Aires: Eudeba, 2007.
 - de Certeau, Michel (en colaboración con Dominique Julia y Jacques Revel): “La belleza de lo muerto: Nisard”, en *La cultura en plural*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.
 - de Certeau, Michel: “Introducción” y “Valerse de: usos y prácticas”, en la *Invencción de lo cotidiano I. Artes de hacer*, Méjico: Universidad Iberoamericana, 1996.
 - de Certeau, Michel y Giard, Luce: “Envío” (pp. 257-269), en Michel de Certeau, Luce Giard y Pierre Mayol: *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*, Méjico: Universidad Iberoamericana, 1999.
 - Deleuze, Gilles. “Posdata a las sociedades de control”, en *El lenguaje libertario*, Buenos Aires, Editorial Utopía libertaria, 2005.
 - Fiske, John: “Understanding Popular Culture”, en *Reading the Popular*, Londres-Nueva York: Routledge, 1995.
 - Fonseca, Claudia: “La clase social y su recusación etnográfica”, en *Etnografías contemporáneas*, Año 1, Nro. 1, abril, Buenos Aires, 2005.
 - Foucault, Michel: *Microfísica del poder*. Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1980.
 - ----- *Vigilar y castigar*. México, Ediciones Siglo XXI, 1976.
 - ----- “Las redes del poder”, en *El lenguaje libertario*. Buenos Aires, Editorial Utopía Libertaria, 2005.
 - ----- *Tecnologías del yo*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2008.
 - ----- *Historia de la sexualidad*. Volumen I. México, Editorial Siglo XXI, 1977.

-
- ----- - *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica, 2006.
 - Grignon, Claude y Passeron, Jean-Claude: “Dominomorfismo y dominocentrismo”, en *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1991.
 - Grimal, Pierre. *A Concise Dictionary of Classical Mythology*. Basil Black well Ltd, 1990.
 - Hall, Stuart: “Notas sobre la deconstrucción de lo popular”, en Samuels, R. (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, 1984.
 - Haraway, Donna. “Manifiesto para cyborgs. Ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX”. University of California, Santa Cruz [Traducción al castellano de Manuel Talens], 1991.
 - Jarkowski, Aníbal. *El trabajo*. 1ª ed. Buenos Aires, Tusquets Editores, 2007.
 - Laplanche, Jean y Pontalis, Jean-Bertrand (2007). *Diccionario de Psicoanálisis*. Paidós: Buenos Aires.
 - Míguez, Daniel y Semán, Pablo: “Introducción. Diversidad y recurrencia en las culturas populares actuales”, en Daniel Míguez y Pablo Semán: *Entre cumbias, santos y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Buenos Aires: Biblos, 2006.
 - Rodríguez, María Graciela: “La pisada, la huella y el pie”, en Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (comps.) *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Paidós, 2008.
 - -----: “La inscripción de la ley en los cuerpos: un recorrido por los límites. Foucault, Bourdieu, De Certeau”, en *Culturales*, Vol. I, Nro. 2, Universidad autónoma de Baja California, julio/diciembre de 2005.
 - Silba, Malvina y Spataro, Carolina: “*Cumbia Nena*. Letras, relatos y baile según las bailanteras”, en Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (comps.) *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Paidós, 2008.